

Los Pequeños Cantores de la Cruz, a su paso por Toledo, visitan el Palacio Episcopal y la Catedral.



La famosa Agrupación de Pequeños Cantores de la Cruz en viaje por España

CUARENTA NIÑOS CON HÁBITO BLANCO QUE TIENEN UNA CELEBRIDAD MUNDIAL

Son unos jóvenes de diez a dieciocho años, alegres, dichosos de emplear su juventud en elevar sus voces ingenuas y limpias a la mayor gloria de Dios, entonando los cantos litúrgicos sin abandonar por eso sus juegos infantiles y sus estudios. Pero constituyen, todos unidos, el eco religioso juvenil más célebre del mundo y una de las más encantadoras ofrendas que la Francia católica ha elevado a la exaltación y propagación de la Fe.

En 1907, inspirándose en la Encíclica Motu Proprio de Pío X, que formulaba votos por un renacimiento y una mayor difusión de la música religiosa, unos cuantos jóvenes estudiantes tuvieron la hermosa idea de agrupar niños de familias obreras de los barrios extremos de París y de formar con ellos un gremio de cantores del más puro canto gregoriano y de la música rezada del siglo XVI, siguiendo todas las antiguas tradiciones, y en el transcurso de los años, la pequeña agrupación ha ido aumentando su celebridad y se ha aplaudido la pureza de su canto en el mundo entero.

El Papa Pío XI les ha distinguido oyéndoles cantar privadamente. Después de haber oído cantar cuatro canciones religiosas les pidió una francesa y les despidió diciéndoles:

«Me han proporcionado ustedes una alegría casi celestial.»

En Nueva York, en el primero de sus viajes por América, el alcalde de la gran ciudad norteamericana, puso a su disposición los magníficos coches de la policía americana que vemos en las películas, y los chicos, encantados, circularon por todas las avenidas, parando el tráfico ante la sirena de sus coches.

«Oye —decía uno de los chicos, hijo de un

modesto obrero parisino, a sus camaradas—, parecemos bomberos de París.»

En Italia la recepción fué triunfal en el Palacio del Lictor.

En Alemania, hace exactamente un año, otra acogida fervorosa por los católicos alemanes, y el prestigio de las voces puras es tan grande, que millares de alemanes han aplaudido entusiastamente cuando los niños parisinos cantaron la Marsellesa.

Muchos niños pobres y desventurados han llamado a la puerta de la Escuela de canto, sin esperanza en los ojos y sin alegría en la vida, y ahora se oyen aplaudir por muchedumbres su voz purísima de cristal. Muchos, después de salir de la Escuela de canto se convirtieron en sacerdotes y continúan así, pero ya en voz baja, exaltando y propagando la belleza de la Fe.

Un ejemplo entre muchos es el del abate Lecler —en la actualidad teniente de ametralladoras en las avanzadas del frente francés— y que llegó a la Religión a través de las Ave-Marías de los cánticos.

Otro alumno de la famosa Escuela, Urbano Alexandrini, ha caído al sexto día de la guerra y ha sido, con relación a España, el héroe de una hermosa aventura. Un día de julio de 1938 conducía una caravana de niños por los Pirineos con objeto de practicar deportes alpinos; llegaron al puerto de Marcadó, avanzaron, pero un centinela español, perteneciente al Ejército del Generalísimo Franco, apareció. Habían pisado tierra española, y entonces, a manera de pasaporte, empezaron a cantar las emocionantes palabras de:

«Madre, a la puerta hay un niño...»

Y después pidieron al centinela permiso para

rezar una plegaria por los muertos de España. El centinela, al terminar, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Cuando tuvieron el gran honor de cantar el Viernes Santo en el Santo Sepulcro de Jerusalén, fué una composición española del siglo XVI del maestro Vitoria, la escogida para tan solemne ceremonia.

Ahora otra vez han venido a España. Han venido a Madrid después de cantar en Oviedo, en Gijón y en Valladolid. ¡Parándose en el camino para visitar 'El Escorial, al anochecer, ante la tumba de José Antonio, sin gente, solitaria en su grandeza, le han rendido un emocionante homenaje que salió espontáneo de sus pechos juveniles tan afines al de aquel que entregó su sangre para la grandeza de su Patria! Casi solos, sin público, bajo las majestuosas bóvedas del histórico Monasterio han empezado a cantar, y sus voces subían hacia los altos espacios.

«Dios bendice al que cae,

Dios bendice al que sabe morir.»

Después de su actuación en el Teatro Español, han ido a Toledo donde en su Catedral cantaron en su Misa Mayor. Luego, ante las tumbas gloriosas y junto a las ruinas del Alcázar toledano, los niños franceses rindieron otro conmovido homenaje a los héroes y a los mártires de España.

Y después de una excursión por Portugal y Andalucía darán su adiós a España los pequeños cantores de la Cruz que tan hermoso papel han representado en el vasto renacimiento católico francés, siempre bajo la experta y paternal dirección del abate Mailliet, alma de esta admirable institución francesa tan representativa y aleccionadora.

Los Pequeños Cantores de la Cruz, interpretando la canción de la Balanza

